

Un valioso y original museo

Mi Museo de la Cocaína

MICHAEL TAUSSIG

CRISTÓBAL GNECCO

(traducción)

Editorial Universidad del Cauca, 2013,
335 pp.

EN 1971, Michael Taussig visitó por primera vez la población de Santa María, situada en las cabeceras del río Timbiquí. Regresó en 1976 y luego cada año durante sus vacaciones de verano entre 1990 y 2002. En un principio, su intención era escribir un libro sobre aquel pueblo minero caucano. Sin embargo, el tránsito de su economía de extracción aurífera a la producción de cocaína transformó parcialmente su cometido, después de comprender la íntima relación que existe entre aquellos dos productos, ambos suntuarios, ambos generadores de brutal violencia, uno y otro de alta cotización en los mercados mundiales, los dos extraídos por comunidades pobres que parecen condenadas a seguir siéndolo.

El cometido de crear un libro que hiciera las veces de Museo de la Cocaína se explica en una “Guía para el usuario”, situada al comienzo de la obra y presidida por el poporo quimbaya, una de las piezas emblemáticas del Museo del Oro de Bogotá. Este objeto, que hermana en un pasado remoto el oro y la cocaína, destroza la ilusión de una asociación coyuntural entre ambos como fruto de una recomposición contemporánea. Y no obstante, el poporo en su vitrina del museo es desvinculado de su razón de ser (albergar la cal que facilita la liberación de la cocaína al mambear) y expuesto sin uno de sus atributos fundamentales: la costra de saliva que su uso constante provoca. El Museo del Oro tampoco menciona a los hombres y mujeres que durante siglos han extraído el metal en el territorio de la actual Colombia en condiciones de esclavitud y pobreza.

Por eso el Museo del Oro es para Taussig un prototipo, es decir, un artefacto imperfecto susceptible de mejoras. ¿Cómo? Por una parte, remontando el camino de la estilización, que solo re- tiene la belleza de los objetos y olvida

unas condiciones precisas de producción. Por otra, remontando la ruta de la esterilización, lo cual les amputa la estela de violencia y saqueo que acompaña sus tránsitos por el mundo. Solo una vez cumplidos ambos itinerarios es posible abandonar las piezas, para concentrarse en las sustancias, lo que permite desnudarlas de su mitología y comprender su funcionamiento como “fetiches”, es decir, entidades espirituales que actúan a la vez como trampas del entendimiento. Y, puesto que el objetivo es combatir el esquema de la muestra que oculta, lo primero es un buen nombre. El nuevo museo no podrá llamarse “del Oro” porque aquel material hechiza y deslumbra, pero sí “de la Cocaína”, sustancia asociada inequívocamente con la violencia, el crimen, la ilegalidad.

¿Cómo construir ese museo alternativo? ¿Cómo referirse al sino extractivista que estructura la historia de Colombia desde los tiempos precolombinos sin caer en simplificaciones semejantes a las que se achacan al Museo del Oro? Para Taussig, además, hay otro riesgo que radica en el ejercicio de su propia profesión etnográfica. El Museo de la Cocaína no funcionaría si, como muchos de sus ilustres y admirados maestros, el autor sucumbiera a la tentación de describir aquella realidad como profesor universitario extranjero. ¿No son el exotismo, la erudición y la fascinación que ejercen la ilegalidad y la violencia mismas las más peligrosas amenazas de su proyecto? El Museo de la Cocaína no puede construirse desde ningún centro académico, así como tampoco puede afincarse en el centro de ninguna capital nacional o provincial.

¿Cuál debe ser el guion de la exposición y qué objetos, qué circunstancias, qué personajes escoger para ilustrarlo? ¿Cómo evitar la confusión y el extravío que, según el epígrafe benjaminiano del libro, acecha a todo coleccionista? La elección de Taussig es taxativa: en lugar de los objetos convencionales que se exponen sin habla en los museos, un discurso medido, dividido en capítulos cortos, solo excepcionalmente ilustrado con fotografías en blanco y negro, unos cuantos dibujos propios, un par de mapas, el frontis de algún libro y ciertos objetos significativos, como

el pasamontañas negro, la motosierra Stihl anaranjada y el computador del paramilitar. O el coco partido lleno de agua en cuyo fondo las mujeres del Pacífico caucano guardan el poco oro que logran catear durante el día “como pequeñas estrellas” brillantes.

Sortear los riesgos mencionados significa también conceder a la geografía un lugar principal, allende la descripción y la escenografía. Que ciertos capítulos se titulen, por ejemplo, “Calor”, “Lluvia”, “El agua en el agua”, “Pantano” o “Aburrimiento” indica el valor que tienen para Taussig las condiciones ecológicas extremas del Pacífico colombiano en toda la historia, terrible y abrumadoramente humana, de la minería aurífera y la producción de cocaína. El nuevo museo propuesto sería un fracaso si sus visitantes-lectores no sintieran de alguna manera la lluvia incesante, el calor sin pausa y la humedad agobiante en que viven los hombres y mujeres de Santa María.

Desde un punto de vista metodológico, el Museo de la Cocaína está marcado por la confluencia de la historia, a través de la cual se hace añicos la intemporalidad del oro prehispánico en las vitrinas convencionales, y la antropología, que es la clave para discernir la realidad de Santa María y sus gentes en los últimos cuarenta años. Aunque el guion no sigue un curso lineal, en él tienen cabida William H. Prescott y su *Historia de la conquista del Perú*; William Dampier, pirata británico del siglo XVII; Agustín Codazzi, corógrafo y cartógrafo al servicio del gobierno neogranadino, así como Vicente Restrepo y su estudio de 1884 sobre las minas de oro y plata en Colombia. Estos y otros autores de diferentes siglos y procedencias son convocados con el propósito de monitorear el interés y la presencia progresiva que tuvieron los agentes de los imperios europeos y de la república por esa franja del litoral Pacífico y sus riquezas. De igual forma, ellos permiten vincular a los mineros de Santa María con sus ascendientes, que hicieron parte de las cuadrillas coloniales y siguieron trabajando en las minas luego de la Independencia. Ello quiere decir que desde hace dos siglos, y a pesar del cambio esencial de su condición legal en 1852, han seguido haciendo casi lo mismo para

ANTROPOLOGÍA		RESEÑAS
vivir. La economía minera inserta sus vidas, como las de sus antepasados, en circuitos mundiales y en un proceso de acumulación de capital que los arrolla rabiosamente generación tras generación. El Museo de la Cocaína expresa y comunica una admiración genuina por aquellas personas que tan sabiamente se han adaptado a un medio muy hostil y a una actividad en extremo ingrata como la extracción del oro en ríos, quebradas y socavones. El lector colombiano (ni pensar en el europeo o el norteamericano), por poco contaminado que se halle con las fábulas que promueven periódicos y noticieros, no dejará de sorprenderse por la realidad de aquellos compatriotas suyos. El mismo Taussig comparte su asombro de conocedor siempre sorprendido ante algunos rasgos de la explotación aurífera en Timbiquí. Por ejemplo, que sean precisos cuatro años de esfuerzos para que una mina libere algo de metal. O que una mujer halle en promedio un grano de oro tras un día agobiante de trabajo, lo que equivale a un dólar o, de manera aún más elocuente, al peso de una semilla de maíz en las balanzas artesanales con que se mide el fruto de su labor en las tiendas. O que la vieja práctica colonial de bucear en los ríos caudalosos para sacar arenas ricas de sus lechos haya dado lugar a la práctica de socavarlos e internarse en el subsuelo acuoso con dragas portátiles que a menudo hacen desplomar la efímera bóveda que contribuyen a crear. Así, el ejercicio cobra sin parsimonia la vida de aquellos atrevidos zahoríes cuyo sueño era ganar el diez por ciento del botín, lo que a finales de los años noventa equivalía a un millón de pesos por dos horas de riesgo. Por eso puede Taussig decir sin exageración: “¡Qué desperdicio! ¡Qué gloria! Entre la vida y la muerte el oro llega a ser lo que es: ese material duramente obtenido que valida el valor de todo lo demás”. La irrupción de la cocaína desde 1999 ha significado ciertamente transformaciones de peso en la región: en el ritmo de la vida, por la llegada masiva de motores fuera de borda; en la forma de las casas, que dejan de ser de madera y se visten de cemento; en la desaparición de los cultivos de plátano, que se importa del Ecuador; en el dinero que circula en sumas mucho mayores; en la	llegada masiva de paisas que fundan comercios y prenderías, así como en la intensificación de la violencia. Pero se ha mantenido la vocación económica de la región, volcada a la producción de bienes perversos, que expelen miasmas, que encarnan el lujo y perpetúan la pobreza. Santa María es, como dice Taussig, el pueblo sin dinero que muestra lo que es el dinero. Daniel Gutiérrez Ardila Universidad Externado de Colombia	